

Capítulo

1

LAS VÍRGENES

Me llamo María Fátima y soy la mediana de tres hermanas. La mayor se llama María Inmaculada, y la pequeña, María Lourdes. Entre nosotras existe un vínculo especial creado por una extraña vida compartida envuelta en placer y dolor. Un dolor agridulce, un dolor que despertó a la vez que la sexualidad que había dentro de mi pequeño cuerpo, y que, luchando contra él, salió a la luz liberando y esclavizando el deseo que se encontraba en cada fragmento de mi piel. Un dolor que mezclado con ese deseo agitaba mi corazón.

En el inicio de mi adolescencia, la lucha por la búsqueda de cuál debía ser mi camino estuvo sujeta a las mayores turbulencias. El mar de mi sangre chocaba en oleadas con la dureza interior de las normas impuestas por mis padres y trataba de remansarse en la visión exterior de un mundo diferente, el que yo creía adivinar que era el reino de la libertad.

Mi padre, Ondó Mikó, cambió su nombre por el de Tomás, pues se consideraba la reencarnación de Santo Tomás de Aquino, un fraile que vivió en el siglo XIII y que consideraba a las mujeres seres biológicamente inferiores a los hombres. Para mi padre, Santo Tomás era el iluminador y el pan bendito de cada día. No era de extrañar, por tanto, que, para mi padre, la mujer sólo fuera un apéndice del hombre, un ser defectuoso.

El nombre de mi madre es Teresa y ella, como su marido Tomás, también consideraba a las mujeres como seres dependientes de los hombres, a los que debían servir y honrar durante toda su vida. La mujer, al haber sido extraída de la costilla de Adán, según la idea transmitida por la Biblia, era un ser inferior. Para Teresa, como para mi padre, sólo el ser masculino representaba la verdadera y excelsa imagen de Dios.

En la ciudad donde nacimos nunca fuimos bien aceptados, en parte por la mediocridad de las gentes del lugar y en parte porque los vecinos y personas que vivían a nuestro alrededor nunca entendieron las ideas y la conducta de mis padres. Quizá por ello, cuando María Lourdes contaba cinco años, Tomás y Teresa decidieron que abandonaríamos nuestro hogar, que nos marcháramos de la que fue nuestra maravillosa casa en el país de mi padre, Guinea Ecuatorial, para volver adonde se encontraban las raíces de mi madre, España. Sin embargo, era precisamente ella, Teresa, la que menos deseaba regresar. No quería abandonar la tierra de sus espíritus, de sus continuas danzas nocturnas y sus en-

cuentros con cualquier dios animista que la poseía cada noche causándole un profundo sueño que a veces duraba semanas. Papá siempre justificaba sus ausencias. «*Mamá está con sus espíritus, mamá está con su familia de España*», repetía. Y era algo que yo no entendía. ¿Cómo podía estar con su familia, tan lejos, si, al mismo tiempo, la contemplaba inerte en la cama, toda ella vestida de blanco y con su gorrita en la cabeza que, según mamá, era una especie de barrera para concentrar la fuerza de sus antepasados? Ella, a pesar de su tez blanca, solía echarse polvos de talco para sentir aún más, según decía, cómo penetraban la pureza y la divinidad en su cuerpo, mientras su boca, ligeramente abierta, dejaba entrever una tenue espuma.

Lo que realmente me asustaba eran sus enormes ojos azules, totalmente iluminados, que mostraban el abismo entre la vida y la muerte. Su mirada clavada en una sola dirección, el techo, que reflejaba la nada. Yo realmente pensaba que mamá nada veía mientras se encontraba en ese estado de shock.

Las gentes de Evinayong eran incapaces de aceptarla como una más y preferían hablar de ella como de una blanca chiflada. Nadie podía comprender cómo una extranjera sentía en su carne el poder de los espíritus, que, hasta entonces, parecía algo privativo de la raza negra.

Tomás, sin embargo, a pesar de ser negro, las aceptó, pero nunca se identificó con las prácticas animistas de mi madre. Él, exacerbadamente religioso y católico,

prefería creer que era un enviado del cielo. Estaba seguro de ser la reencarnación de un apóstol, y ya he dicho que se hacía llamar a sí mismo santo. Era tanta su devoción y su fanatismo que acostumbraba a castigarse y flagelarse a menudo, obligando a mamá a que le atara y azotara con una pequeña cruz de madera que mandó hacer para esos momentos especiales.

Así que, después de unos años de estar cansados de ser el centro de atención de la pequeña comunidad —en aquel tiempo vivíamos en una aldea llamada Tomasí, perteneciente a la provincia de Evinayong—, nos fuimos. De esta forma mis padres podrían realizar libremente sus prácticas religiosas. Él, su adoración a Dios y a Santo Tomás de Aquino. Y ella, los arrebatos místicos de unas prácticas que se acercaban a la brujería. La religión, aparentemente tan distinta, que practicaban mis progenitores les unía a ambos en un fanatismo de locura del que pronto seríamos todas víctimas.

Cuando llegamos a lo que mis padres llamaban la cuna de la civilización, a pesar de que para mí la aparente libertad que parecía emanar de ella era su principal aliciente, empecé a sentir nostalgia de lo que habían sido mis primeros años de infancia, aunque al pisar España yo sólo tenía nueve años, María Inmaculada trece y la pequeña, María Lourdes, cinco añitos. Ahora quizá no recuerde exactamente cuál fue el orden de los acontecimientos y cómo sucedieron los hechos, pero lo que nunca podré olvidar son aquellas palabras de mi padre, Tomás, nada más llegar:

—Os vamos a meter en un convento a María Lourdes y a ti. Quiero que dediquéis toda vuestra vida al Señor, rezando por los pecados del mundo, manteniendo la pureza de vuestros sexos al margen de los hombres.